

por ese libro, nuestra facultad natural para instruirnos por medio de los sentidos, á tal punto que yo veo en el porvenir á los niños que habrían sido educados según esta obra, dejar á un lado el libro en general y buscar en la naturaleza y todo lo que los rodea una guía mejor para conducirlos á mi objeto que la que yo les habría dado.

Amigo, el libro no existe todavía y yo lo veo ya desaparecer por su propia acción (4).

CARTA IX.

Querido amigo, las palabras con que terminé mi última carta tienen un grande alcance. Yo vuelvo á insistir hoy sobre este punto: el método que he descrito hasta aquí para alcanzar el objeto de la enseñanza, no es en suma sino un refinamiento de los medios materiales empleados por la naturaleza para llegar al resultado que me he propuesto obtener. Mas existe todavía un medio superior para llegar á él, es un complemento elevado de la marcha sensible refinada de la naturaleza; es posible obtener el mismo resultado por un procedimiento puramente intelectual, por el solo cultivo de la inteligencia. La naturaleza humana es capaz de transformar todo lo que hay de vago en nuestra intuición y de elevarlo á la realidad más precisa; ella es capaz de sus-

traer la intuición misma á la indecisión de nuestros sentidos físicos y de convertirla en la obra de la facultad más elevada de nuestro ser, la obra de la inteligencia. El arte perfeccionado, sirviendo de auxilio á la naturaleza, puede agregar á la facultad de intuición tan viva del salvaje no solamente el ejercicio mecánico de nuestros órganos materiales sino también la potencia de nuestra razón; él puede asociar á esta viva intuición, restituida á los hombres, el estudio más elevado para la humanidad, al estudio de la verdad absolutamente indudable.

Querido amigo, si mi vida tiene algún mérito, es el de haber hecho del cuadrado la base de una enseñanza intuitiva que el pueblo nunca había recibido. Por este medio he dado al fundamento de nuestros conocimientos una serie de medios de estudio que hasta ahora pertenecían á los medios de enseñanza subordinados á la intuición, el lenguaje y el número, pero que faltaban á la intuición misma. Por ese medio yo he restablecido la armonía entre la intuición y el juicio, entre el mecanismo físico y la marcha puramente intelectual, y poniendo fin por este método al confuso caos de la multitud de verdades particulares, he reconducido la enseñanza á la verdad.

Amigo, yo no me imaginaba, por cierto, el alcance de mis palabras cuando escribí más de veinte años ha el siguiente pasaje en el prólogo de *Leonardo y Gertrudis*: "Yo no tomo parte ninguna en las discusiones de los hombres sobre sus opiniones; pero lo que puede hacerlos piadosos, buenos, leales "y probos; lo que puede hacer entrar en sus corazo-

“nes el amor á Dios y al prójimo, y en sus casas la “dicha y la bendición, todo esto, pienso, está fuera “de controversia y nos ha sido depositado para todos nosotros en nuestros corazones” (1).

Hoy mi método ha hecho, en cierto modo, de este pasaje una realidad en la que yo no podía pensar en esa época. Hoy día es incontrovertible que yo puedo decir de él: yo no tomo en él ninguna parte en las polémicas de los hombres; yo no enseño por él ni una verdad ni un error; él no extiende su dominio ni un paso más allá de lo que es indispensable; él no toca de ningún modo una opinión cualquiera que sea controvertida; él no es la enseñanza de verdades, sino la enseñanza de la verdad; él reúne el carácter de la necesidad física que yo procuro imprimir al mecanismo de la educación con la certidumbre perfecta dada por el juicio (2).

Amigo, yo no abrigo en mi alma ninguna pretensión. Yo no he querido durante toda mi vida y no quiero hoy otra cosa que el bien de ese pueblo á quien amo, cuya miseria siento como pocos la sienten, puesto que yo he soportado con él sus males como pocos los han sufrido. Cuando yo digo que existe un mecanismo cuyos resultados tienen el carácter de una necesidad material, no digo por eso que yo he desarrollado en toda su amplitud las leyes de ese mecanismo; y cuando digo que hay en la enseñanza una marcha puramente intelectual que seguir, yo no digo por eso que he presentado en toda su elevada perfección las leyes de esa marcha. En la exposición que he hecho de mi obra, he tratado siempre mucho más de poner de manifiesto la certe-

za de mis principios que de establecer un paralelo entre la acción extremadamente restringida de mi personalidad que declina y los resultados que el género humano puede y debe sacar del desarrollo completo de esos principios. Por otra parte, yo mismo no conozco esos resultados y cada día siento más hasta qué grado me son desconocidos.

Lo que hay de teórico y crítico en toda mi exposición no es absolutamente más que el fruto de una experiencia restringida y excesivamente penosa y, debo decirlo, de una rara felicidad. Yo no debo y no quiero callarlo: si el hombre á quien las personas capaces, ó por lo menos las consideradas como tales, habían declarado unánimemente incapaz de hacer cualquiera cosa, hasta en los umbrales de la vejez; si ese hombre, desde largo tiempo presa ya de la desgracia y del aburrimiento, no hubiese podido, en fin, *llegar á ser maestro de escuela*; si BUSS, KRÜSI y TÓBLER no hubiesen venido en mi auxilio con un vigor que no me habría atrevido jamás á esperar y no hubiesen suplido mi inaptitud indecible en todo lo que requiere arte y habilidad,—mis teorías sobre la enseñanza, semejantes á las llamas de un volcán en actividad que no pueden llegar á la erupción, se habrían apagado en mi propio pecho; yo habría bajado á la tumba llevando la reputación de un loco, de un visionario, á quien no se debe conceder ni la menor circunstancia atenuante, desconocido por los hombres de bien y despreciado por los malvados; mi único mérito, mi voluntad, mi voluntad inflexible, que nada ha podido quebrantar, de trabajar por el bien del pueblo, mis esfuerzos ince-

santes, los sacrificios de toda mi vida, la muerte de mí mismo, habrían sido presa de las burlas de los pícaros, y yo no habría tenido ni un solo amigo que hubiese podido atreverse á hacer justicia á mi memoria ultrajada; yo mismo no me habría hecho justicia, yo no lo habría podido, y habría descendido al sepulcro indignado contra mí mismo y desesperado á la vez por la desgracia de ambos, la del pueblo y la de los míos. Amigo, yo no habría conservado en ese desastre más que el triste valor de acusarme por mi destino,— y yo me habría acusado, no habría podido hacer otra cosa, yo habría atribuído únicamente á mí solo la responsabilidad de mi ruina; yo me habría formado entonces de mi existencia una imagen espantosa: ella habría sido á mi vista una sombra única y completa sin un solo rayo de luz que la templase.

¡Amigo, representate el estado de mi corazón, mi desesperación, esa imagen de mi existencia y, en mi anonadamiento, el pensamiento, de que yo había destruído el objeto de mi vida! Y es la verdad, yo lo habría destruído, en efecto, por mi culpa, y en mí mismo lo habría perdido realmente. Dios es quien me ha mostrado de nuevo ese objeto después que yo lo había perdido efectivamente. Una y mil veces he errado mi objeto en el momento mismo en que parecía que me habían puesto en las manos, como á un niño, los medios para alcanzarlo. ¡Ay! yo me he conducido largo tiempo como nadie se ha conducido, y largo tiempo me ha sucedido lo que á nadie le ha sucedido. No solamente he encontrado obstáculos en mi falta de habilidad y destreza

prácticas, las cuales no han sido desarrolladas en mí desde la infancia, y en la desproporción extraordinaria que existía entre la extensión de mi voluntad y los límites de mis fuerzas; mas, cada año, me hice más y más incapaz para todo lo que parecía absolutamente indispensable para la realización de mis designios.

Mas ¿es falta mía, si el curso de una existencia que no ha sido jamás, jamás, sino una existencia pisoteada no me ha permitido desde mucho tiempo seguir más, en ningún punto, la senda que seguiría un hombre cuyo corazón no ha sido desgarrado? ¿Es culpa mía, si las señales de atención de los felices, ó aun sólo de los que no son desgraciados, desde largo tiempo se han borrado completamente de mi alma como las huellas de una isla sumergida en los abismos de la mar? ¿Es falta mía ¡ay! si desde largo tiempo los hombres que me rodean no han visto nada en mí, ni en mi alrededor, nada más que un ser sangriento, pisoteado, arrojado á la calle y que no tiene el sentimiento de sí mismo, en el cual el objeto de su vida se asemejaba á una espiga rodeada de espinas, abrojos y cañaverales, y que no germina sino lentamente, amenazada á cada momento por los peligros de la muerte y de la asfixia? ¿Es falta mía, si el objeto de mi vida me parece hoy semejante á una roca desnuda que se eleva en medio de las aguas, lavada perpetuamente por las olas que con su incesante vaivén han quitado hasta el último vestigio de la tierra buena que antes la cubría?

Sí, amigo, es culpa mía. Yo lo siento profunda-

mente y doblo mi frente en el polvo, no por cierto ante el juicio de los malvados que zumban al rededor mío como un enjambre de abejas irritadas, pero sí, delante de la imagen que yo me había hecho de mí mismo, delante del título de honor que habría podido discernirme en mi conciencia, si hubiese sido capaz de romper la eterna noche que ha pasado sobre mi vida, de elevarme sobre mi destino, sobre el horror de esos días de desgracia en que, en verdad, todo lo que engrandece y eleva á la naturaleza humana desaparecía en torno mío, en que todo lo que la turba y envilece, todo caía sobre mí, sin tregua ni misericordia, y se precipitaba con una violencia irresistible sobre mi débil corazón, que no encontraba en mi cabeza ningún contrapeso á todas las emociones que lo destrozaban. A pesar de todo, amigo mío, es culpa mía, y yo soy culpable de toda mi desgracia. Yo habría podido, yo habría debido, y permítaseme decir, yo he querido, yo he deseado elevarme sobre mi desgracia, si me es dable llamar *querer* lo que no he podido ejecutar. No es menos cierto que yo he llegado á viejo y que esta miserable existencia me ha conducido al borde de la tumba antes que la desorganización completa de mi sistema nervioso hubiese destruído enteramente el equilibrio de mis facultades, antes que la última rebelión de mi sér me hubiese hecho consentir, por fin, en envilecerme con le especie humana.

Amigo, una mujer (3) á quien ningún hombre ha igualado, una mujer que, durante una existencia cuya desgracia excedió á mi infortunio, no ha hecho más que ennoblecerse y nunca se ha degradado, ha-

bía visto desde largo tiempo la aproximación de mi caída. Ella me respondió á las palabras "¡qué importa!" que yo pronuncié en mi extravío: "¡Oh! Pese-talozzi, cuando un hombre ha llegado á pronunciar esas palabras de desesperación, sólo Dios puede ayudarlo entonces; él no puede ayudarse á sí mismo."

Yo leí en sus ojos la tristeza y la inquietud cuando ella me dijo esas palabras de advertencia. Amigo, si yo no tuviese más que reprocharme en el naufragio de lo mejor de mí mismo que esta falta: haber podido oír esas palabras y haber podido olvidarlas,—yo sería más culpable que todos los hombres que no han conocido esa virtud ni oído esas palabras.

Amigo, permítame olvidar un momento mi obra y mi designio, y abandonarme por completo al sentimiento de tristeza que me acomete cuando pienso que vivo aún y que ya no soy más el mismo. Todo lo he perdido; yo mismo me he perdido. Sin embargo, tú ¡oh Señor! has conservado en mí las aspiraciones de mi vida, y no has ocultado á mi vista el objeto por el cual he sufrido tanto, como tú has hecho desaparecer á sus ojos y á los míos el objeto que se habían propuesto miles de hombres que habían destruído su propia senda. ¡Tú me has conservado la obra de mi vida en medio mismo de mi ruína, y en la tarde de mi vida, en el momento en que la esperanza me abandona, has dejado caer sobre mí un crepúsculo cuya vista dulce ha compensado las desgracias de mi vida! ¡Señor, yo no soy digno de la misericordia y de la fidelidad que

tú me manifiestas! Tú, solo tú, te has compadecido del gusano pisoteado; solo tú no has quebrado la caña doblada por la tormenta; solo tú no has apagado la luz vacilenta y hasta mi muerte no has apartado tu rostro de la obra con que me he ocupado desde mi infancia, de la ofrenda que he querido hacer á los desamparados de la tierra y que jamás he podido hacerles! (4)

CARTA XII.

QUERIDO amigo, la emoción no me permitió continuar hablando en mi última carta, por lo cual dejé mi pluma, y he hecho bien, pues ¿qué son las palabras cuando el corazón cae en sombría desesperación, ó cuando se eleva á las nubes trasportado por el sentimiento deleitoso más sublime?

Amigo, ¿qué son aun las palabras fuera de esas alturas y de esas profundidades?

Yo veo en la eterna nada del atributo más elevado de nuestra especie, y también á su vez en la fuerza grandiosa y sublime de esa nada eterna,—*la palabra del hombre*,—la marca de fuego de la restricción excesiva de la cubierta en que nuestro espíritu aprisionado languidece. Yo veo en esa nada la imagen de la inocencia que nuestra especie ha perdido; pero yo veo también la imagen de la vergüenza que levanta siempre en mi alma la sombra de esa perdi-

da, sagrada inocencia, mientras que yo soy digno del don de la palabra; y mientras tanto soy digno de él, ese sentimiento de vergüenza engendra siempre en mí una fuerza que me incita á buscar de nuevo lo perdido y á recuperarme á mí mismo de la perdición. Amigo, en tanto que el hombre es digno del elevado atributo que caracteriza á su especie, el lenguaje, mientras que él lleva en sí mismo la voluntad sincera de ennoblecerse por el lenguaje, el lenguaje es para él un emblema santo y elevado de su naturaleza. Pero cuando no es ya más digno de él, cuando no se sirve de él con la íntima voluntad de emplearlo en su perfeccionamiento, el lenguaje se convierte para él en el primer instrumento de su perdición, un auxiliar miserable de las desdichas de toda especie, un manantial inagotable de ilusiones sin fin, una triste capa con que él cubre sus crímenes. Amigo, es una verdad espantosa, pero es una verdad: en el hombre corrompido, la corrupción aumenta por el lenguaje. Por él las miserias de los desgraciados se hacen más grandes aun, por él las tinieblas del error se oscurecen más, por él los crímenes de los malvados se hacen más criminales aun. Amigo, por la parlería la depravación en Europa crece sin cesar. Es insondable á donde los catálogos de libros de feria, siempre en aumento, conducirán á una generación cuyas debilidades, extravíos y violencias han llegado al punto que tenemos á la vista.

Mas vuelvo á mi tema. En las investigaciones empíricas sobre la cuestión de la enseñanza no he partido de ningún sistema positivo. Yo no conocía